INFORMACIONES

Textos de Ramiro Ledesma

Una carta del director de «La Conquista del Estado»

«Señor director de INFORMACIONES.

Distinguido amigo: Le ruego publique en su diario las breves líneas que siguen.

El periódico separatista que dirige en Barcelona el Sr. Companys ha tenido la vileza de escribir que mi detención de hace tres meses se debió a que preparaba un complot monárquico. Salgo al paso de la calumnia diciendo que mi detención arbitraria obedeció única y exclusivamente al hecho cierto de que organizaba con los demás camaradas de mi partido (Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista J.O.N.S.) una manifestación pública de hostilidad contra la significación antiespañola de los diputados de Maciá. El director de Seguridad, señor Galarza, puede decir sobre esto la palabra más autorizada, si bien no la necesitan los calumniadores, porque tienen tan buena información como mala fe.

Y no me refiero a las fantásticas relaciones que señala el órgano insidioso del Sr. Companys entre nuestra fuerza política —de significación hondamente nacional y antimarxista— con el doctor Albiñana, porque éste ha rectificado ya la absurda especie.

Gracias de su afectísimo, *R. Ledesma Ramos*.»

[*Informaciones,* Madrid, nº 3.075, 25 – noviembre – 1931, p. 9.]

PRECISIONES. Adolfo Hitler, canciller

Cinco años por lo menos de espera ha costado a Hitler el hecho de haberse visto obligado a elegir para su movimiento político la ruta electoral y parlamentaria. Sobre todo en los últimos meses, ya en la culminación popular que significaban sus millones de adictos, la posición de Hitler era singularmente dramática y difícil. Su situación era la del combatiente que habiendo realizado el hallazgo de una nueva táctica política, de admirable eficacia, se encuentra en la necesidad de utilizar y seguir la táctica del enemigo, que él cree precisamente caduca e inservible.

Pues no se olvide que el espíritu hondo y entrañable del movimiento hitleriano obedece al mismo impulso de violencia y sacrificio que dio origen al fascismo en Italia. Ambos surgieron teniendo ante sí las mismas metas: un enemigo marxista, inteligente y violento, a quien aniquilar; una dignidad y una disciplina que restituir y devolver a las masas. El objetivo primero, la victoria rotunda sobre las organizaciones rojas, ha sido de uno u otro modo alcanzado en los dos países, no sin desplegar y movilizar los más puros resortes del pueblo. El segundo, el logro de una disciplina, la restitución del pueblo a la plenitud de su espíritu nacional, el orgullo de una bandera y de una patria, la justicia de una economía fecunda, etc., etc., esto ha de ser tarea, la batalla diaria desde el Poder, braceando con las dificultades y las limitaciones humanas.

Es cierto que Hitler ha conseguido el Poder sin necesidad de hecho revolucionario alguno. Creer que ello ha de obligarle a ser tan sólo un Gobierno más en la mecánica de la constitución vigente, a abandonar el afán primero de su fuerza, que es dotar a Alemania de un nuevo Estado, antípoda del que elaboraron en Weimar los socialdemócratas, equivale a desconocer la lógica a que obedece ese nuevo tipo de política que Hitler y su partido representan.

* * *

La realidad es que ha obtenido el Poder un partido numeroso y fuerte, en posesión de un manojo de ideas claras y tajantes que le preservan de cualquier linaje de enemigo. Que considera como uno de sus primeros deberes el impedir que retoñe el marxismo en Alemania. Que estima y proclama la licitud de la violencia para hacer frente a las organizaciones antinacionales que surjan. Que no cree en la eficacia del diálogo parlamentario y no le merecen el menor respeto los grupos o partidos políticos a él ajenos. Que está educado en la mística fascista o totalitaria de interpretar por sí los clamores nacionales, sin resquicio alguno para la disidencia, donde suelen cobijarse los ideales disolventes y traidores. Que tiene ante sí un panorama de eficacias económicas de indiscutible ajuste a las angustias sociales de nuestro tiempo. Que posee el culto de su propia fuerza y el optimismo de contar con la colaboración activa de la juventud nacional, etc., etc.

Pensar que un partido así abandonará los mandos en presencia del primer escollo constitucional que se presente revela una candidez y una ceguera radicales. Sólo quien viva —¡todavía!— sumergido en las pobres delicias liberalparlamentarias del ochocientos y esté influido hasta la inconsciencia por la más fofa y canija política que sea dado presenciar en el siglo XX puede lógicamente sostener una opinión así.

Pues hasta tal punto es imposible que el partido nacionalsocialista alemán se desvíe de la ruta imperiosa de construir un nuevo Estado, que no es muy arriesgado sostener la afirmación de que si Hitler no se revela a la altura de una tarea así será sacrificado y substituido con suma facilidad. Pero los cuarenta y cinco años de Hitler, su asombrosa actividad y energía al frente del partido, dotándole día por día, durante doce años, de robustez ideológica y de expansión magnífica entre las masas, hacen que tal sospecha no pueda hoy ni siquiera insinuarse. Lo más probable es, pues, que al frente del Gobierno se

sostenga a la misma altura de talento y de vigor que hasta aquí. Y que al igual que Mussolini, sea lo mismo el «jefe» en los tiempos de agitación y de lucha que en los de realización y construcción a la cabeza del Poder.

* * *

Estamos, pues, ante una primera etapa del fascismo alemán: la toma del Poder. Sin que se pueda olvidar por tanto ese carácter de comienzo, de iniciación revolucionaria que este hecho supone. Alemania se desprende de una política, despeja un enemigo y penetra con denuedo en el orbe de esa nueva política que se revela en la postguerra con el fascismo italiano. Y ahora ha de costarle sin duda años de esfuerzo tenso el acomodar a ese propósito todos los sectores de la vida nacional. Cosa no exenta de peligros tremendos. Pues no se trata de menos que de sustituir en la mente y en el corazón de millones de alemanes el gran número de ilusiones, de tendencias y de rutas que el partido hoy triunfante no tardará en declarar vedadas, con prohibición muy difícil de esquivarse.

Esta y no otra es la interpretación y la significación del triunfo de Hitler en Alemania. Un hecho revolucionario inicial. No desvirtúa esta realidad el que otros elementos, ajenos a la ortodoxia nacionalsocialista, colaboren en su Gobierno. El destino futuro de los sectores sociales afectos a Hugenberg, a von Papen y a otros núcleos que se adhieran a esta política es el de ser inmediatamente controlados por la tendencia genuina de Hitler, que es la más fuerte y dotada de realidad nacional. O en otro caso serán fatalmente eliminados. Pudiéramos estar en este aspecto ante un proceso análogo al del primer año de régimen fascista en Italia. También Mussolini admitió y buscó para su primer Gobierno la colaboración de otros grupos afines. De ellos, el populista católico del abate Sturzo fue después eliminado por no asimilar en el grado necesario la significación de la revolución fascista. Otros, en cambio, se fundieron en el fascismo proporcionando incluso altos jerarcas al régimen.

* * *

Amplias batallas políticas y grandes pruebas de energía esperan, pues, al nuevo régimen que ahora se inicia en Alemania. El marxismo es todavía allí poderoso. Su organización, especialmente la del sector comunista, es formidable y casi intacta, y como comprende que la consolidación nacionalsocialista es un decreto de aniquilamiento inexorable para él, es de suponer que muy en breve desarrolle la máxima violencia.

Por esta causa los próximos meses van a ser durísimos. Pero los pueblos se salvan en la lucha y por la lucha. Basta que los ideales estén en pie, con pechos generosos y calientes a su servicio. Lo depresivo y triste es ese otro espectáculo de yermo, presenciando la fácil victoria de los enemigos sobre la arriada bandera de la verdad y del honor nacionales. Que era el espectáculo de la Alemania de 1921, cuando Hitler llamó al pueblo y le dio la consigna de rescatar y recobrar el derecho a formar en unas filas de guerra. Para desalojar al marxismo que destruía a su país. Y para conseguir un hogar con pan. El honor de ser alemán y la satisfacción ineludible y primitiva de comer. Esta frase última es el secreto, todo el secreto, del triunfo de Hitler y de su partido. Hoy, y sin duda mañana, dueño de los destinos de Alemania.

***[Informaciones,* Madrid, año XII, nº 3404, 10 - febrero - 1933, p. 1]**

PRECISIONES. Burguesía liberal y marxismo

Todas las peripecias políticas que vienen aconteciendo en España desde hace varios meses responden a una pugna sencillísima. De un lado, la línea marxista que representa el socialismo, con su lógica implacable y fría, operando minuto a minuto sobre los dóciles perfiles de la revolución de Abril. De otro, las técnicas políticas decimonónicas, con ideales inoportunos y marchitos, que esgrimen y utilizan las fracciones parlamentarias de oposición, los periódicos independientes e incluso los grupos que hasta aquí no parecían ostentar la bandera demoliberal de un modo muy ortodoxo.

No es, pues, esencial, para que cambie de aspecto el dramatismo de la política española el hecho, inmediato o no, de que caiga el Gobierno Azaña. Quienes sigan el proceso revolucionario con cierta serenidad y algún conocimiento de la verdadera significación con que operan en nuestro siglo las fuerzas e ideales aquí en pelea, ese hecho de producirse, no puede resolver, ni aclarar, ni modificar la ruta de la revolución.

Podrá caer el Gobierno Azaña. Podrá incluso no haber ministros socialistas en el Gobierno que lo substituya. Pero a la vez puede también afirmarse sin riesgo, rotundamente, que si la nueva situación no dispone frente al marxismo de otras defensas y otras bases que las conocidas, ensayadas y fracasadas defensas de los partidos y agrupaciones que hoy existen, el predominio socialista sobre el régimen, el control de la revolución por el socialismo cambiará de aspecto, de signo, pero no de realidad en la zona esencial del mando.

No hay, pues, derecho a engañar a nadie ni engañarse. Para la gran cantidad de españoles —la inmensa mayoría nacional— que, por móviles y motivaciones muy diversos, mostramos interés, afán y propósito firmísimo de detener la ola marxista hoy triunfante, es de importancia suma aclarar el problema de los medios y eficacias que están ahí a mano para conjurar el peligro.

Y ese juego vano de que vociferen y peleen contra el marxismo, que es, no se olvide, inteligente y violento, unas fuerzas inermes, sin voluntad y sin filo, puede originar la fácil victoria marxista, que coloca ante sí una meta rotunda, que aún aceptando la ruta parlamentaria del régimen liberal burgués, no renuncia a sus consignas, frases ni tácticas revolucionarias, logrando así una eficacia política de imperiosidad indiscutible.

* * *

Es ya un axioma de la política europea más reciente que bajo un régimen liberal burgués el marxismo crece, se impone y triunfa. No hay dificultad alguna para explicarse una afirmación así. Pues caracteriza al marxismo sobre cualesquiera otro rasgo suyo el que se trata de una fuerza abiertamente antinacional, ajena a la raíz misma de la existencia nacional, desligada de ella y de su servicio. Y es bien sabido como la idea nacional, el culto de la Patria, se resquebraja y aniquila en el librecambio político de las luchas parlamentarias a través de los grupos y partidos en discusión y pelea permanentes.

La idea de Patria es de tal naturaleza, que se contradice con la posibilidad de que en sus recintos haya un disconforme, un enemigo. Pues la aceptación pura de este principio, sobre el cual nadie admite duda, es lo que ha llevado a algunos grandes pueblos de Europa a realizar el hallazgo de la única eficacia posible contra el marxismo. Y es la forja de una organización que tome sobre sí la tarea de enarbolar a la desesperada la bandera nacional en peligro, el llamamiento al pueblo, que es a quien pertenece en su instancia más pura el derecho a una Patria y a unos ideales nacionales, para que defienda su propia alma y su propio destino.

Y ese llamamiento al pueblo, esa utilización e intervención de las masas populares en la lucha contra el marxismo da entrada a la verdadera angustia social que nuestra época

conoce. La burguesía demoliberal es incapaz de comprender en sus dimensiones exactas la realidad social de nuestro siglo. Sus instituciones son inservibles y carece en absoluto de rutas claras que ofrecer a las masas. Y he aquí otro motivo, otra razón, para que aparezca como sierva del marxismo y, así, frente a él, no distingue otra diferencia que la del tiempo o rapidez con que debe procederse a las reformas o subvenciones de carácter social que aquél propugna. Que, por otra parte, cree lícitas y acertadas, y sus únicos reparos nacen, repito, de su interés en el que se destilen gota a gota.

* * *

He aquí, pues, el problema. La revolución de Abril sirve hasta aquí con toda pureza a la línea marxista. No hay hoy en España sino marxismo y burguesía demoliberal. Lo que después de las consideraciones hechas permite decir que no hay sino marxismo. Y véase como desde semejante atalaya la cuestión no es la caída o sostenimiento del Gobierno. El primer rango no correspondería a ese hecho, sino a la posibilidad de que surja en España alguna cosa, alguna organización popular que alumbre sobre el escenario político una eficacia diferente.

Sólo un movimiento que recoja el sentido social de las masas frente a los errores económicos del marxismo y nutra de corazones jóvenes el servicio de una grandeza nacional española puede romper en cien pedazos la pugna mediocre que denunciamos en este artículo. Crear las nuevas instituciones justicieras que precisa nuestro pueblo y, sobre todo, descubrir briosamente que el fracaso terminante de la monarquía y el casi igual de los procedimientos instaurados con la República, no ciega ni aniquila la capacidad de España, del pueblo español, para realizar el hallazgo de otro régimen social y político que el que cabe y ha cabido en aquellas dos denominaciones.

Señales y síntomas de que ello pueda tener efectividad se advierten ya en ciertos medios juveniles, que se disponen al parecer, a iniciar el gran salto.

[*Informaciones,* Madrid, año XII, nº 3412, 2 - marzo - 1933. p. 1]

URGENCIAS. La estrategia política

Los períodos revolucionarios presentan una lógica más implacable y exacta que los períodos políticos normales. Nunca es más fácil orientarse y emprender con optimismo y acometividad una acción política que cuando se anda en la tarea de hacer o batir una revolución. (Entre paréntesis, cosa ésta en realidad idéntica, porque es de elemental aprendizaje que una revolución sólo puede ser batida, destruida y anulada haciendo en su lugar otra revolución diferente, de más vigor, audacia y rotundidad que la primera.) Ello consiste en una mayor simplicidad, una más clara y abierta desnudez con que los hechos políticos se presentan. En cuanto una revolución se inicia, el número de posibilidades, de cartas que intervienen en el porvenir inmediato del país, donde tal cosa acontezca, se reduce de un modo notorio. Pueden ocurrir, pues, un número muy exiguo de cosas, y además en tiempo breve, de presunción fácil. He ahí por qué repetimos ser de orientación más sencilla, de profecía más elemental y, por tanto, de estrategia política más segura los momentos revolucionarios que los otros.

* * *

Todos los españoles vemos y advertimos ahora el desarrollo de la revolución de Abril. Desde el primer día eran bien previsibles sus etapas, el destino que esperaba a los motivos ideológicos de su presencia, el juego de ambientes y rutas a que habían necesariamente de ligarla, de un lado la realidad económicosocial de España y de otro la atmósfera política de Europa. Todos esos factores, sin olvidar el tipo de odios y entusiasmos que destilaban las masas, permitían asegurar desde el primer instante que la solución liberal burguesa, la exigencia ortodoxa y sincera de un régimen parlamentario democrático estaba en absoluto desplazada como meta de la revolución. Y ello, no porque faltase en los hombres y grupos políticos voluntad de alcanzar o construir un régimen de ese carácter, sino porque se trataba de una empresa de veras imposible. En el siglo XX no hay elementos políticos ni económicos ni temperamentales para instaurar en parte alguna un estado liberal, burgués y parlamentario.

El gran sector de españoles para quienes una verdad así permaneciese obscura ha tenido ya dos años de aprendizaje eficaz, tras de los cuales es legítimo señalar como ineptos evidentes para entender cosas políticas a quienes sigan aún impermeables a certeza semejante. Está, pues, bien claro que la revolución democrática de Abril, con su bagaje de cosas posibles e imposibles, se va convirtiendo de un modo necesario en revolución socialista. Pues este partido es el único grupo para quien no supone obstáculo grave el advertir la imposibilidad de los propósitos democráticos. Todos los demás que acometieron con él la tarea de dotar a Espada de órganos e instituciones liberales sienten ahora el vacío de sus sueños, el naufragio de los sistemas y de las ideas de que nutrían su propia existencia política. Y así, o son desplazados del Poder, como Lerroux (a quien puede ya asegurársele que no dispondrá de ministerio alguno para sus amigos hasta que no reconozca la «verdad» de los socialistas), o se ven obligados a declaraciones antiliberales rotundas del tipo de las enunciadas hace breves días por el señor Albornoz en las Cortes.

¿Hay, por tanto, que resignarse y entregar definitivamente los mandos a los socialistas como únicos a quienes no alcanzan ni importan las lamentaciones ante las libertades fugitivas? Todo lo que hoy en España es gubernamental contesta decididamente que si. Y todo lo que en Espada quede a extramuros de eso tendrá que plantearse la pavorosa realidad que un «sí» de tal naturaleza representa.

* * *

Nosotros tenemos la sospecha, casi más bien la seguridad, de que España está hoy indefensa contra la probable victoria marxista debido a la estrategia errónea que siguen los partidos, periódicos y sectores a quienes interesa desde luego impedir ese triunfo. Frente al

marxismo no caben actitudes como las que hoy se advierten y esgrimen. No se le puede combatir en nombre de la libertad política porque, aparte de que hoy no cae nadie en ella ni nadie necesita de ella en serio, no había de serle difícil a los socialistas presentarse ante las masas como sus campeones más auténticos y rigurosos. Tampoco oponiéndole en bloque una clase extraproletaria, porque eso sería sencillamente aceptar y proclamar la licitud de la lucha de clases, que es lo que desea y se afana el marxismo en conseguir. También afirmamos la ineficacia de las consignas de orden exclusivamente religioso, porque el tener o no tener creencias no implica un compromiso de batalla política, y cada día, por otra parte, aparece más notoria la inhibición de las masas de creyentes en el plano de las eficacias políticas modernas.

Pero en 1933 no es ya tan sólo un producto teórico, sino que se ilustra con ejemplos de resonancia amplísima la afirmación de que contra el marxismo no hay batalla posible sino desde la trinchera nacional, desde una doctrina más prieta, segura y rígida aún que la suya; es decir, a la que afecte menos el fracaso de los viejos artefactos demoliberales. Esa batalla y esa doctrina garantizan a la vez la adhesión y el concurso de las masas mismas que hoy se polarizan en torno a la angustia social de que el marxismo se nutre, y que hay que arrebatarle con coraje, seguridad económica y emoción nacional purísima. La clave de esto que decimos ha sido descifrada rotundamente en Italia y Alemania, ejemplos concretos y cercanos que podan de nuestras palabras todo brote de especulación y de fantasía.

* * *

Una doctrina nacional, una concepción sindicalista o corporativa del Estado y una estrategia audaz y segura son los ingrediente únicos de la revolución que hay que realizar para detener, machacar e impedir la revolución socialista. Todo lo demás puede muy bien encomendarse al primero que lo solicite.

¿Existe esa doctrina o por lo menos se desarrolla esa estrategia inteligente? Con relación a esto último, confesamos que hemos visto demudados la actitud de la Prensa antimarxista ante el discurso de Largo Caballero en Ginebra y las declaraciones de Albornoz en el Congreso. ¡¡Se ha calificado todo eso de fascista!! Es decir, lo que aquí se llaman las «derechas han proclamado que los gobernantes españoles son ¡¡fascistas!!

Todo esto, aparte de otras cosas, revela una ausencia radical de estrategia política en esos medios. Porque un discurso como el de Largo Caballero, que se inspiró en conceptos leninianos y fue pronunciado por un notorio militante marxista, no precisa del fascismo, del concepto fascista antiliberal del Estado, para explicar la oposición que en él se contenga a un régimen parlamentario democrático. Es más fácil y verdadero presentarlo como lo que en realidad fue: un discurso bolchevizante. ¿Es que cree esa Prensa que debilita y hostiliza más al Gobierno presentándolo como fascista que como servidor de un destino bolchevique? En cuanto a los conceptos antiliberales del señor Albornoz, calificados asimismo de fascistas, la explicación es idéntica; sólo que en vez de requerir para comprenderlos la presencia del hecho ruso, pues Albornoz no es marxista, nos basta acudir al hecho mejicano, a los posos de coacción jacobina con que todas las situaciones revolucionarias se defienden.

Créasenos, señores, que por ahora lo más urgente aquí es sólo y nada menos que esto: un estratega. Es decir, quien señale e indique por dónde aparece cada día el punto vulnerable. ¿Pues no estamos ante la urgencia de un plan de operaciones políticas?

[*Informaciones*, Madrid, año XII, nº 3528, 6 – julio – 1933, p.1]

TAL COMO VIENE. Las divergencias con Falange Española de las J. O. N. S. Una carta del señor Ledesma Ramos

«Madrid, 20 de enero de 1935. Señor don Juan Pujol.

Mi querido amigo: El hecho de que las J.O.N.S., hayan declarado rotas sus relaciones con Falange Española y con Primo de Rivera, ha promovido, como usted sabe, cierta agitación en los periódicos. Dos veces, en los números del viernes y del sábado último, ha dado ocasión INFORMACIONES a Primo de Rivera para calificar y comentar la escisión de las J.O.N.S.

Pues bien, en ambas ocasiones este señor se ha limitado a lanzar sobre mis camaradas jonsistas y sobre mí las peores injurias, calificándonos con una dureza y una irresponsabilidad que sólo estados de despecho o situaciones demenciales del ánimo explican.

Yo, amigo mío, mantengo la serenidad, por creerme con mis camaradas de las J.O.N.S., en el terreno firme de la razón y de la justicia, y contesto con las siguientes afirmaciones serenas, facilitándolo así a usted su indudable deseo de que pueda yo defenderme en su periódico.

1.º La actitud de las J.O.N.S., frente al señor Primo de Rivera reconoce por origen serio y único el que, creyéndose a sí mismo fracasado como jefe de la Falange y habiendo expuesto repetidas veces en el seno de la Junta política su carencia de consignas para dirigir el partido, no facilitaba a éste la tarea de su sustitución, sabiendo que era el único medio de conservar la unidad del movimiento.

2.º Se me califica por Primo de Rivera de incorporado, de elemento introducido como por sorpresa en el movimiento. Frente a eso, afirmo y proclamo: «Que soy precisamente el fundador de las J.O.N.S., con un grupo reducido de camaradas entre los que no se encontraban desde luego Primo de Rivera ni nadie de Falange Española. Que soy director de la revista teórica donde se ha creado la doctrina nacionalsindicalista del partido. Que poseía en Falange Española de las J.O.N.S., antes de la escisión, el número «uno» de «carne». Que era asimismo en el momento de la escisión, presidente de la Junta Política Central, cargo que según los Estatutos corresponde al «segundo» jerarca del partido».

3.º La escisión de las J.O.N.S., es total. Y así será comprobado en el Congreso o Asamblea jonsista que se celebrará en Madrid muy en breve.

Nada más. Queda muy agradecido a la publicación de esta carta, y le reitera su afecto su afmo. amigo, *Ramiro Ledesma Ramos*».

[*Informaciones*, Madrid, nº 4.006, 21 – enero – 1935, p. 3.]